

UNA SEMBLANZA DE SIMON KUZNETS, PREMIO NOBEL DE ECONOMIA



JUAN VELARDE FUERTES,
catedrático de la Universidad de Madrid

SIMON KUZNETS

«**V**A usted a conocer a la mayor autoridad en su materia, Velarde». Con estas palabras me recibió el profesor Torres Martínez en la Facultad de Ciencias Económicas, el lunes 13 de abril de 1959.

El día anterior, domingo, me lo había encontrado por casualidad:

«Me alegro de verle. Quiero que mañana, Lasuen y usted me vayan a visitar a la Facultad para un asunto muy importante». El profesor Lasuen preparaba entonces cátedras de Teoría Económica y yo era profesor adjunto de Sampedro, y estaba a punto de opositar a cátedras de Estructura Económica. Sospeché que era para algún trabajo en equipo, afición muy fuerte de Torres. Por eso me sorprendió su recepción.

Al paso de los años, el que el profesor Torres era un economista fuera de lo corriente, me parece admitido por todos. Quizá no calibren exactamente su finura científica. Este caso, el de Simón Kuznets, me parece por eso revelador.

A Torres le encantaban los problemas, los acertijos. A renglón seguido, continuó: «Usted debería saberlo, pero, claro, no lo sabrá. La cosa es bien sencilla. ¿A quién se le ocurrió primero hablar, exactamente, de la magnitud macroeconómica Producto Nacional Bruto al coste de los factores y a precios de mercado? ¿Lo ve?, no se atreve a decirme que sabe perfectamente el concepto, pero que no se le ocurrió pensar nunca que existió un primer economista que sintió la necesidad de fijar qué iba a conocerse en el futuro como Producto Nacional Bruto. Es un genio al que va usted, con Lasuen, a tratar. ¡Simón Kuznets, hombre!».

Recuerdo que le repliqué: «Más fácil todavía, don Manuel. ¿Quién habló primero del *homo oeconomicus*?». Agitó una mano por el aire, bailó nerviosamente la rodilla y murmuró: «Eso se lo ha sopladado a usted Leopoldo Zumalacárregui, porque estuvimos discutiendo hace años su padre y yo, reviviendo libros, y no dimos con nada concreto. Pero ahora, lo de Producto Nacional Bruto está claro. Simón Kuznets es una mente privilegiada, es un profesor extraordinario, y la Ciencia Económica tiene con él, en el terreno de la renta y riqueza nacional, una deuda fabulosa, que no le pagará nunca, claro está».

Nos pusimos entonces a hablar de la cuantificación y sus problemas, y el artículo de Kuznets, aparecido en «Econometría» en 1949,

volvió a saltar. Estábamos de acuerdo en que era ese el camino más seguro para que el Estado tuviese confianza en los economistas. Naturalmente que esto se enlazó con el análisis de las medidas que se preparaban de política económica. Torres iba mucho por la Presidencia del Gobierno, y creía que jugando con modelos econométricos adecuados, podía ajustarse muy bien el tiro en la programación —ese era el nombre usual entonces— de la economía.

Preparado con ese preámbulo me enfrenté, unos días después, con el profesor Kuznets. Pasaba por España con motivo de su año sabático. Quería establecer lazos con economistas españoles capaces de calcular, en períodos largos de tiempo, los movimientos de renta y riqueza para un programa internacional en gran escala. Le habían dado el nombre del profesor Torres. Así se había establecido el enlace en el que me había metido.

Al recogerle en el hotel le pregunté a Kuznets que si quería hacer algo de turismo por Madrid: «Naturalmente. Me interesan las cosas de ustedes en el terreno científico, pero, si me apura, me importa tanto o más el arte, la literatura».

Es Kuznets un profesor menudo, que ya entonces tenía el pelo blanco, con unos ojos muy cándidos y dispuesto siempre a aclarar todo. Le propuse un recorrido un tanto variado. Primero nos fuimos a las plazas de Oriente y de la Armería. Contemplé desde ésta el paisaje velazqueño, que le impresionó más que el palacio. De aquí, pasando por el Pretil de los Consejos, fuimos a la Plaza Mayor: «Donde quemaban a los judíos, ¿verdad?». Le aclaré que la técnica del auto de fe era macabra, pero que allí, exactamente, me parecía que no los quemaban. «En cambio, profesor Kuznets, todas estas tiendecitas ante las que estamos pasando, en la calle de la Sal, la de Postas, la plaza de la Provincia, la calle Imperial, han pertenecido a judíos, y sus familias, cristianizadas, han seguido poseyéndolas muchas veces». Mi mujer preparaba un trabajo sobre la economía española vista a través de Galdós. Antes que Julio Caro Baroja publicase sus estudios fabulosos sobre el criptojudío, yo había averiguado ella unas cuantas cosas sobre este barrio, en el que Juanito Santa Cruz adquiere vida en un contexto que haría torcer la nariz a un hipotético nazi. Por eso hablé yo con cierta seguridad. Ante mi asombro se sintió picado en su curiosidad, y observé cómo acariciaba

con los ojos establecimientos, tenderos, dependientes.

De la Plaza Mayor nos trasladamos al Museo del Prado. No tuvimos las «tres horas» naturalmente, pero me asombró su búsqueda de ciertos maestros, flamencos sobre todo. Miró muy despacio a «El Bosco», a Marinus. Le llevé a nuestros grandes. Ante el Cristo de Velázquez, comprobé un fenómeno curioso que iba observando poco a poco. Le molestaba este tipo de cuadros. Cuando yo le comentaba no sé qué sobre el mismo, sus ojos se pusieron duros, cosa muy rara en él: «¿Le molesta que nos vayamos de esta sala?».

Me dejó perplejo, porque se había extasiado con la infanta doña Margarita, y habíamos comentado el prodigioso cuadro abstracto que suponía una joya que lleva en el pecho, y había meditado largo rato contemplando a Felipe IV. Naturalmente, ya no dije nada cuando apreté el paso ante el Cristo de Goya. Las majas —esperemos que dejen de viajar de una vez en esta semisucida teoría del envío de cuadros— le encantaron, y nada digamos de la impresión causada por *Los fusilamientos*. Después de verlos me dijo: «Por favor, ¿hay algo inglés? Me apetece. Goya me ha golpeado demasiado». Le llevé, naturalmente, a ver lo poco que hay. Salimos del Museo por la puerta principal. Compré un catálogo y se lo ofrecí. A partir de aquel momento, no se quiso separar de él.

La Facultad estaba en el viejo caserón de San Bernardo. Para que viese otro aspecto de la Universidad de Madrid, le llevé a la Facultad de Filosofía y Letras. En el bar nos esperaba Lasuen. Le invitamos a un aperitivo: «¿Le apetece tomar una copa de jerez?».

«¿Sería muy difícil que fuese Tío Pepe?».

Naturalmente, tomó Tío Pepe. Bajamos hacia Madrid. Un buen rato después, paseando despacio por la Gran Vía, le pregunté por economistas. No apreciaba mucho a Colin Clark, habló bien de los trabajos de Bennett, despreció bastante, en el terreno económico, a Lord Boyd Orr; consideró muy valiosa la constitución de la asociación para la investigación de la riqueza y renta. Abordé un problema espinoso: «Profesor, usted está ligado, para todos, al National Bureau of Economic Research. Nadie ignora su pasado institucionalista, por lo menos parcial, a causa de la huella de Mitchell. ¿Cree usted que no es mucho más fecunda la dirección de la Cowles Commission?».

La contestación fue rápida: «Si con eso quiere usted sostener que no creo en la teoría económica o en la econometría, está usted equivocado. Pero es necesario coordinar y no ser ni pedante ni sectario. Fíjese usted en Leontief, que recién llegado de Rusia y Alemania encontró cobijo en el National Bureau para sus trabajos en que mezclaba a Walras y a Quesnay. Se le ayudó, y ahí tiene la *Tabla input-output*».

Preguntó mucho por los economistas españoles, por sus tendencias, por su capacidad de trabajo. No entendía bien cómo teníamos tantas capillas y capillitas. Sospecho que, lector del «Quijote», pensó en las caperuzas de Sancho cuando le relataba Facultades, Institutos, revistas. Volvió una y otra vez sobre Torres, sobre su interés en ayudarnos y en que se le ayudase, pero a través de éste: «No entiendo bien cómo tienen aquí organizada la investigación económica». Comprendí que Lasuen tampoco había logrado convencerle de que el nuestro era un sistema adecuado.

Nos despedimos. Torres y él siguieron epistolariamente una conversación que la muerte del primero truncaría al cabo de poco tiempo. Le debía Torres carta en el verano de su muerte. Nos decía: «Sigo sin contestar a Kuznets. Me parece que se va a cansar de nosotros, y es una pena perder este enlace». A su fallidamiento, me parece que nadie se molestó en explicarle a éste la desgracia y cómo habría que buscar otro interlocutor. En el fondo, parece que nos complace a bastantes españoles el aislamiento intelectual.

Tan es así, que al serle otorgado el Premio Nobel nadie se ha acordado de la originalidad de sus trabajos, nadie, ahora que está de moda, que empleó, hace muchos años, el término «estructura económica»; nadie que se trasladó a Madrid a ofrecernos su apoyo científico. En cambio, y sin venir mucho a cuento, se lanzaron nombres de otros posibles Nobel. Pero bueno, ¿es que se ha estudiado aquí seriamente a Kuznets? Me temo que no.

Ahora, al leer las notas de prensa, me he explicado lo que me pasó con él en la Plaza Mayor y en el Museo del Prado. Las agencias transmitieron: «Es judío practicante». Siento que, sin saberlo, herí seguramente, su sensibilidad. Debí pensarlo. Pero, lo confieso, aquel día yo viví en la atmósfera de un sabio. Y a un aprendiz han de perdonárselo, en una jornada así, muchos errores. ■